

# LA FAZ DE LAS CRISIS

Por Germán Bernácer

Ha cristalizado en la Economía un esquema teórico de la evolución cíclica, que nació de la observación del fenómeno en el siglo pasado. Según él, el auge —caracterizado por aumento general de la demanda, por alza de los precios, por movimientos especulativos, por elevados beneficios de las Empresas—, es seguido por un breve proceso de liquidación —la crisis propiamente dicha— en el cual se acumulan las quiebras, caen verticalmente las cotizaciones, escasea el dinero, se elevan exageradamente los tipos de interés a corto plazo, con lo que se inicia un tercer período de depresión en que las existencias se acumulan, bajan los precios, se intensifica el paro, se contraen la producción y la renta nacional, hasta que lentamente se inicia la recuperación, que culmina en un nuevo auge al cabo de un tiempo variable.

Racionalmente pensando, este esquema debe de responder a condiciones circunstanciales del sistema económico, que pueden variar de una época a otra, con la evolución de las instituciones sociales. No creo, por ejemplo, que las crisis económicas falten en Rusia, pero se comprueba que sean bastante diferentes en su desarrollo.

Generalmente, se emparenta el ciclo económico con la época que llamamos capitalista, la cual se inicia en el alborozar del siglo XVIII, y se le asocia con la evolución mecánica de la industria moderna, coincidente poco más o menos con tal período. Yo creo que esto es una mera coincidencia, y que la mecanización industrial es tan sólo un factor, y no el más importante, en la determinación del comportamiento de los ciclos en la época moderna. La máquina que ha sido factor más decisivo en este avatar es la máquina de convertir papel en dinero. Juan Law ha tenido más parte que Jaime Watt, en la paternidad del capitalismo.

Por lo demás, no creo que las crisis sean hechos absolutamente modernos. Lo moderno es la forma bajo que se presentan, a causa de los trallazos que la fácil expansión y contracción del crédito y de los signos monetarios descargan sobre los corceles que arrastran el carro de la Economía. Ambiguamente no se conocían esos recursos que la moderna banca ha creado, mas siempre que las circunstancias han determinado procesos rápidos de alteración monetaria, como en el siglo XVI gracias a la afluencia de oro y la plata del mundo recién descubierto, o en las postrimerias del Imperio Romano a favor de una devaluación sin precedentes de la moneda, o en la Grecia de Pericles al descubrirse las minas de plata del Laurión, han aparecido fenómenos semejantes. Y entonces no había mecanización industrial.

Las causas a que los ciclos deben probablemente su existencia existían ya antes de la Edad Moderna, salvo que su acción

ofrecía diferentes caracteres, al actuar dentro de un mecanismo económico muy distinto. Tampoco es de esperar que los caracteres que hemos observado en un reciente pasado, se conserven inmutables en lo venidero. Cada vez que las condiciones del régimen evolucionan, es de esperar que lo hagan también los rasgos aparentes del ciclo. Las crisis del período 1919-39 han sido ya bastante diferentes en su comportamiento de las que precedieran. Bastó la mayor fuerza de los sindicatos obreros para oponerse a las bajas de salarios, y las leyes sociales que contribuían a dar mayor rigidez al coste de la mano de obra, para que la menor elasticidad del sistema de precios y distribuciones hiciese cambiar la modalidad de sus efectos. Como la rigidez de los costes no impidió la baja de los precios, las crisis se manifestaron por una mayor intensidad y contumacia del paro, en proporciones desconocidas antes.

Ahora, en vista de tales resultados y con esa táctica de ir poniendo remiendos allí donde se descubren fallas, se adoptan disposiciones que tienden a evitar el paro, mas no sus causas. ¿Se logrará con esto evitar las crisis o siquiera esa consecuencia, la más perniciosa, de la desocupación? No lo creemos; a lo sumo se eludirán algunos de sus aspectos.

La inversión de la coyuntura económica, el paso de la prosperidad a la depresión, sobreviene, porque el alza de los precios propia del auge, y que ahora se manifiesta por doquier con los síntomas más graves de la inflación, de origen, aparte de otros síndromes accesorios, a la merma de la capacidad adquisitiva de la gran masa de consumidores que no participa en los beneficios del alza. Naturalmente, que esos beneficios van a alguna parte, pero los especuladores y empresarios en que recaen no siempre capitalizan sus economías —sobre todo hacia el final del auge en que el mercado comienza a notarse sobresaturado— y la parte de esos ahorros que se capitalizan lo hacen en gran parte en capital circulante que no tiene sobre el mercado el efecto estimulante que la capitalización en capital fijo. Así sobreviene un momento crítico en que la demanda queda por debajo de la oferta, las existencias se acumulan. Las dificultades financieras que de aquí surgen para las empresas y el riesgo y coste de un superalmacenamiento creciente, induce a algunas a disminuir la producción y a bajar los precios, lo que fuerza a la baja a las restantes; ambas cosas repercuten en una disminución de los ingresos totales de la comunidad y en una menor demanda, que va afectando a todos los sectores. La crisis ha surgido, y la depresión no hace en lo sucesivo más que agravarse.

Baja las nuevas condiciones que ahora dominan en el mundo, las cosas podrían desarrollarse bastante diferentemente. Dos tendencias manifiesta la política social de nuestros días: impedir el despido de obreros por parte de las industrias, obligando a las Empresas a mantenerlos, aunque la producción disminuya, y solidarizar a los patronos y obreros dentro de cada rama industrial, con el laudable fin de evitar las luchas sociales, favoreciendo, mediante procedimientos de arbitraje y la organización del trabajo en sindicatos mixtos, que resuelvan internamente, en deliberación conjunta, los problemas de salario, horas de trabajo, etc., de modo que no sea obstáculo la competencia entre los patronos para la concesión (parcial) de mejoras, ni tampoco la competencia del trabajo libre para la conservación de esas mejoras.

Puede ocurrir entonces que, ante una merma de demanda, sea fácil a las diferentes empresas entenderse entre sí y con su personal para reducir la producción en consonancia con la mayor demanda, repartiendo la tarea más menguada entre todos los obreros y empleados sin merma de su salario; de este modo el coste unitario vendría a aumentar, al cargar el mismo gasto sobre un volumen menor de producción, con la natural repetición en el alza de los precios de venta; la menor demanda se resolvería en alza de los precios, al revés que antes, cuando la competencia entre las Empresas traía la baja.

Sucedería, pues, que las tendencias inflacionistas del auge no hallarían correctivo por la crisis, y la inflación se convertiría en un hecho crónico contra el cual las medidas de tipo financiero, o serían impotentes o, de ser bastante drásticas, acarrearían la incapacidad de las Empresas para financiar su marcha y, de persistir en ellas, su cierre inevitable con todos los fenómenos de crisis, tanto más violentos cuanto más se los hubiese logrado contener. De seguir alimentando financieramente el proceso constante de endeudamiento, se reduciría de continuo la capacidad adquisitiva de los consumidores por la depreciación de la moneda; la merma de los salarios reales, que no vendría ya por la competencia de los trabajadores para encontrar ocupación, se produciría por el alza de los precios, con lo cual seguiría disminuyendo la capacidad de absorción del mercado para los productos y habría que acudir a continuas reducciones voluntarias de la producción. La quiebra del sistema resultaría provocada por la necesidad de evitar su asfixia absoluta. Evoluciones de ese tipo fueron las que en el pasado originaron las medidas contra los trusts y todas las coaligaciones de productores como contrarias al interés público, aunque entonces los sindicatos monopolizadores solían ser puramente patronales.

Lo que quiero hacer notar aquí es que  
(Continúa en la pág. 23)